

examinando las transformaciones políticas de los últimos dos siglos, concluye que la tolerancia no es arma que sirva hoy para defender la libertad de pensamiento sino como coartada de la imposición de una ideología totalitaria. Jacques Heer, finalmente, recapitula cómo, habiendo mostrado el sistema dominante su falta de fundamento intelectual y moral, empieza a verse que el rey está efectivamente desnudo. Por lo menos algunos. En suma, y como en entregas anteriores, una rica panoplia de aportes, en absoluto conformistas, sobre uno de los grandes mitos del conformismo.

MIGUEL AYUSO

Jean de Viguerie: LES DEUX PATRIES (*)

Jean de Viguerie es un gran historiador francés que, sobre todo, se ha destacado por sus cuidadosos estudios sobre la educación en la Francia del *ancien régime* (1978), el complejo universo de la Ilustración (1995) y las relaciones entre el cristianismo y la Revolución francesa (1986). Ahora, con este ensayo histórico sobre la idea de patria en Francia —así reza el subtítulo—, nos ofrece mucho más de lo que promete, pues la elucidación histórica va prolongada *velis rutilis* con consecuencias doctrinales y políticas de la máxima importancia. De ahí que, mientras los grandes medios lo recibían con un ominoso silencio, en círculos inconformistas era distinguido con el premio de los intelectuales independientes de 1998, y no obstaba al surgimiento de una polémica que aún humea en los predios de la derecha, de la “liberal” a la “contrarrevolucionaria”, pasando por la “bonapar-

(*) DOMINIQUE MARTIN MORIN, *Grezi-eri-Bourè*, 1998, 280 págs.

tista", si se nos permite colacionar la famosa distinción de René Rémond, a la que sólo debe añadirse la "nueva" (en rigor neopagana), que —por cierto— también ha echado su cuarto a espadas.

La riqueza del libro es tal que se resiste a su reducción a unas pocas líneas como las que constriñen esta nota, por lo que —habida cuenta también de su contexto exclusivamente francés, aun sin excluir una limitada posibilidad de extrapolación— dejaré simplemente un *compte-rendu*. La tesis central se presenta con claridad: después de 1789, en Francia, lo que quedaba del viejo patriotismo tradicional ha sido engullido por el nuevo patriotismo revolucionario, ideológico y humanitarista surgido de la Revolución francesa. No está, sin embargo, aquí —la tesis es difícilmente discutible— la mecha de la encendida polémica a que hemos aludido, que ha aprovechado, por el contrario, un motivo secundario: la acusación que el autor hace a la escuela maurrasiana —y no debe olvidarse que Viguerie es hombre de formación próxima a esa escuela y de exquisita fidelidad legitimista— de haber colaborado en ese engaño. Discusión que se ha prolongado a la conclusión pesimista: Francia ha muerto porque el patriotismo revolucionario la ha matado con la colaboración inconsciente de los que se tenían por *catholiques et français toujours*. Para quien conozca el *milieu* de la derecha francesa, es apasionante divisar el fuego cruzado de Jean Madiran, Jacques Tremolet de Villers, Alain de Benoist, Emil Poulat o Claude Polin. Pero, en este punto, resulta prudente dejar la pluma en una nota dirigida a lectores españoles.

En cambio, puede merecer la pena dedicar unas líneas —las últimas— a la atrevida empresa de prolongar *more hispanico* la reflexión del profesor De Viguerie. Desde luego que conserva todo su valor la distinción neta entre esas "dos patrias". Sin embargo, entre nosotros, a diferencia de lo acaecido ultrapirineos, el pensamiento tradicional no ha contribuido a la mistificación denunciada, pues desde siempre y hasta hoy se ha separa-

do nítidamente la tierra de los padres y la "ideología" nacional, con distingos terminológicos o conceptuales más o menos afortunados. No obstante acentos personales y, por lo mismo, distintos, pero acomunados en un signo coincidente, bien desde el ángulo de la psicología social (Rafael Gambra), bien desde el de la causa de diferenciación de los pueblos (Francisco Elías de Tejada), bien —en suma— desde el de la teoría política (Álvaro d'Ors), disponemos de un rico acervo en tal sentido que llega hasta nosotros. ¿Y la conclusión? España también parece muerta, y también parece que algo tenga que ver en ese óbito el tránsito de un viejo patriotismo a uno nuevo. Lo que ocurre es que tal tránsito no se ha producido ni por las mismas causas ni con los mismos agentes que en el país vecino. La historia española presenta una singularidad notable en lo que toca al desarrollo de nuestra nacionalidad, y eso permite que algunos —hijos, pero bastardos, de quienes cultivaban el viejo patriotismo— rechacen el nuevo, para crear, a su medida, otro de menor escala e idéntica naturaleza a éste; mientras que otros, que quisieran perseverar en el antiguo, se han trasbordado inconscientemente al nuevo, y los más se han instalado en una versión *light* del nuevo: la de un supuesto patriotismo constitucional frente a los separatismos. Quizá también tuviera sentido para los españoles un libro como el de Jean de Viguerie. Y quizá también fuera útil una polémica como la que ha sacudido a nuestros vecinos.

MIGUEL AYUSO